

ESTRENA LA COMEDIA NACIONAL

“Lucrecia”

Por ANGEL RAMA

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

La acción transcurre en el convento noble de Catanzara, Italia, a comienzos de siglo XIX. Celda de Floria, priora, abadesa del convento. La acompañan su sobrina, la novicia Clara Orsini, y la priora, Hermana Ludovici. Clara acaba de hablar.

LUDOVICI (a las abadesas). — Desafía su autoridad.

CLARA. — No, yo no dije eso.

LUDOVICI (retórica). — No hay duda: es tal su impudicia que no admite freno para sus liviandades. Pero ¿cué que ha querido la disciplina del convento? ¿cómo evitar que cuando esta desverguera?

FLAVIA. — Un momento. (A Clara.) ¿Se negó a venir a mi celda?

CLARA. — Eso no lia. No bien concluyó el oficio estará aquí.

(Suena campana. Luego se verá pasar una monja por el fondo del claustro, saliendo de la capilla.)

LUDOVICI. — Acepte mi consejo, madre, y crea que estoy deseando ayudarla, pensando sólo en el bien de nuestra casa.

FLAVIA. — Nunca esperé de usted otra cosa, hermana, y es esa su obligación.

LUDOVICI. — Tengo larga experiencia con esta clase de jovencitas. A pesar de su carácter apasionado, la Frangiamini es fría y sabe especular con las debilidades y los afectos de los demás.

CLARA. — Perdóneme; pero recuerdo lo buena y dócil que fue siempre. Ahora está... como poseída del demonio.

LUDOVICI. — ¡Vámon! Si a los hombres se les llama demonios.

FLAVIA. — ¡Cállese: no sea vulgar!

LUDOVICI. — Perdón madre. Mi educación no es de las buenas, pero digo la verdad. (Se distancia.)

CLARA. — Tía, si la trata dulcemente ella hará lo que Vd. quiera, estoy segura, pero muy buena. Pero no toleraré que la humillen.

LUDOVICI (desde lejos). — No es su culpa mejor que la de la abadesa, y aunque lo fuera, en esta casa no hay diferencias, somos hermanas y todas iguales ante Dios. ¡No es así madre!

FLAVIA. — Así es, hermana. Las diferencias las establece la caridad cristiana y la obediencia. Dime lo que piensas Clara.

CLARA. — Cuando nos despedimos me tomó la cara entre las manos, y me dijo: ¡con tanta ternura!... (Se detiene temblando, como si se acordara de decirlo y de que le entendían mal.)

FLAVIA. — Hija, hija mía, y nada temas.

CLARA. — Me dijo: “Nunca has amado. Si te llega ese momento sabrás que contra el amor de nada valen órdenes; me dice luego que a abadesa, ni las del mismo cielo”.

LUDOVICI. — ¡Ea la confesión de su rebeldía! Después de esto se aprurá mostrando debilidad con mi buena.

FLAVIA (irritada). — Nunca he tenido debilidades por nadie. ¡Cómo se atreve! He cuidado de ella con la atención que exigía hasta que cuando estará al convento. Como hago por Clara, como hice por todas. Esa es mi tarea. Contínua, Clara.

CLARA. — Entiendo, me acordaré.

FLAVIA (La interrumpe para volverse otra vez a Ludovici). — Y si llegase a sucederme lo ponga la cabeza. Hasta hace muy poco Lucrecia fue el espejo más puro de este convento, y no es con ánimo vengativo, sino con profundo dolor que la veo. Sigue Clara. Sigue Clara.

CLARA. — Me besó en la frente y me dijo: “Pere que tarde mucho en llegarle el momento del amor,

entura inocente; y mejor, que no lo conozcas nunca”. ¿Comprende por qué se le ocurrió esto?

FLAVIA. — Es a ti a quien veo, hija. Trataré de ver a Lucrecia con los mismos ojos. Pero comprende que el orden de este convento soy responsable ante Dios.

LUDOVICI. — Y también ante la curia. Si no se pone en marcha, inmediatamente, a esta situación, muy pronto se conocerá en Roma. Y se murmurará en la ciudad.

FLAVIA. — Trate de no alimentarse. Vd. esa murmuración. (Entra Lucrecia. Se miran en silencio. Pausa.)

LUCRECIA. — ¿Me pidió que viniera?

FLAVIA. — Dios la bendiga hermana. Hubiera preferido no tener que hablarle de un asunto obscuro. Por eso corrí esta misión a la persona que es, últimamente, la que usted oye más y en la que se confía. Sus negativas me obligan a exhortarla personalmente.

LUCRECIA. — Y, como veo, su público.

FLAVIA. — No, en privado. No es esta una amonestación. Delante de mí, sola, que desde hace un año confía más que ninguna de nosotras, y delante de la priora que debe conocer los asuntos graves de esta casa.

LUCRECIA. — Bien. ¿Qué se me quiere?

FLAVIA. — Deseo que me ayude a poner fin a unos rumores, quiero creer, calumniosos, que circulan en el convento. Hermana, es su ayuda la que solicito.

LUCRECIA. — No sé qué me habla. Ni por qué me concierne a mí su problema.

FLAVIA. — Le ruego que me ayude. Se dice que desde hace dos meses un hombre salta por las noches las murallas del convento.

LUCRECIA. — En estos otros años corrían varias veces los mismos rumores a los que no presté atención; ni yo, ni usted. ¡No cree que sea de los más prudentes? Hay aquí mujeres viejas y dotadas que se complacen en la calificación.

FLAVIA. — En este caso se agrega la prueba de que un caballero de Forlì pasó treinta y seis horas dentro del monasterio.

LUCRECIA. — Sus espías son milicianos del reguento del tiempo.

LUDOVICI (enfático). — Para defender nuestra dignidad contra quienes la manchan con una historia de sierva.

LUCRECIA (tenazmente burlesca). — ¡No cree madre, que para la paz del convento es mejor destruir el tejido de la verdad que no en la intriga!

CLARA. — ¡No Lucrecia, vuelva en sí! Madre, no haga caso de sus palabras; no sabe lo que dice.

FLAVIA. — Me gusta delo conocerse sin de inmediato a esta historia.

LUCRECIA. — No se dan órdenes a una Frangiamini.

FLAVIA. — Lucrecia! Soy yo que... (Se interrumpe y continúa con adusta presencia.) Recuerde sus votos de obediencia y algo que debe importarle más: nunca delo conocerse sin de inmediato a esta historia.

LUCRECIA. — Que me sea ahorro de un día más en la intriga!

FLAVIA. — Si no puede pensar en sí, piense al menos en esa familia de la que está orgullosa, en ese nombre que se jacta.

LUCRECIA. — Mi familia me ha impuesto terribles votos cuando sólo tenía catorce años y no sabía lo que significaban. No quisiera juzgarme, estoy segura. Al entrar aquí les he dejado una enorme fuerza. Pienso a golpear en esa puerta. Serán los primeros en pedirle silencio.

FLAVIA. — No sólo el orden conventual está a mi cargo. Soy respon-

Roma, aparte de dirigir nuestra página literaria, es desde hace un año autor nacional. La Compañía “Flores Sánchez” le estrenó la invención, que aunque tuvo crítica adversa no provocó el desaliento de su autor. Este año han circulado dos obras suyas, como proyecto de las Jornadas de Teatro Nacional. Queridos amigos y Lucrecia, que será estrenada mañana por la Comedia Nacional, y cuyo primer cuadro reproducimos a continuación. Luego de la biblioteca de Maggi, es la segunda pieza que integra las Jornadas de 1959.

El espectáculo será dirigido por Laura Escalante, que aparece de sus antecedentes en Club de Teatro (Tío Vania, Dos en el tejado, Madre Coraje, El jugador del mundo occidental) ya ha puesto este año un espectáculo de la Comedia Nacional, El hombre, la bestia y la virtud. Escenografía y vestuario pertenecen a Adolfo Halty.

El estreno de la obra por el elenco oficial obedece al hecho de que obtuvo el primer premio en el concurso organizado en 1958 por la Comisión de Teatros Municipales.

del alma de los demás. Aguarda el veneno y su coranto se hundió y veneno y su alma se perdió. Que los que contra usted sólo ocurren...

LUDOVICI. — No pero está a época de la madre Antaña.

FLAVIA. — También pasó.

LUDOVICI. — Si usted lo desea.

FLAVIA. — Usted se da cuenta.

LUDOVICI. — Nunca se dio un misterio solvamente en esta familia. Los más buenos murieron a mi lado milora que les seguían de cerca, contando lo que ocurría.

FLAVIA. — Fiscalizaba usted mi vida con la correspondencia y agenciaba cartas que afecten al bien de la casa.

LUDOVICI. — Sí... pero... Roma debe saber. Y las hermanas entregan las cartas en la portería.

FLAVIA. — De eso me ocupo; Encargarme usted del resto. Y hija Martina que venga y al padre la dirá. Si terminó la confesión.

(Ludovici sale. Floria comienza a susurros por la celda.)

CLARA. — ¿Qué piensa hacer y denunciar?

FLAVIA. — De nada valdrá que diga cierto, y los Oros, ¿brina, yo no tienen el perdón de antaño. Podría humillar y ir a la Frangiamini. No me falta cosa. ¡Oh, no te atases, no te atases! La comprendo bien, quisiera saber su pasión entorpecerme y me distrajo. Es un convento de mi fortuna. (Nadie me lo atribuya. (Entre Martina.)

FLAVIA. — Tráeme una copa de vino y un pan. Toma las levaduras. (Martina sale.)

CLARA. — Si ya puede volverme.

FLAVIA. — Sí; hasta que ella le de confianza, y ella me lo sabe por su bien. Si la abadesa se perderá.

CLARA. — Si sí. Sólo yo sé lo que ella quiere.

FLAVIA. — Tú eres como un niño pero más querida. Es el primer caso de confesión. Te he visto defendiendo el convento. Te he visto defendiendo. Un día, quisiera saber lo que ocurre mi cargo.

(Clara sale. Floria sale, se arroja en el reclinatorio y se cubre con el mantel de la cama y pasa un momento en la celda.)

FLAVIA. — No, no me pongo. Mi obra destruyera de nuevo un día. ¡Dios, no dará una oportunidad!

(Entre Ludovici.)

FLAVIA. — Qué poco sabe usted



Segunda salida al público